

La Camarera



~ Victor Pugatschew ~

Por Marta Jara

Venía todas las tardes. Apenas oscurecía entraba en el café. Todavía duraba el resplandor difuso de la puesta de sol, cuando se encendían las luces afuera; después llegaba él, justo a la hora de la completa oscuridad. Aparecía en el umbral y atravesaba la puerta. Sólo en ese momento la camarera advertía que las luces en la calle ya habían sido encendidas. Desde detrás del mesón, por encima de sus hombros, veía correr la cinta blanca del neón del aviso.

Ni demasiado grande ni demasiado pequeño, el café se abría en una esquina sobre dos calles céntricas. Sus muros vidriados permitían ver el continuo trajín de los transeúntes. Encerrando a las camareras y las máquinas, se alzaba al centro el mesón oval, estrecho y alto. Junto a las paredes de vidrio grueso y transparente, en no más de cuatro o cinco mesas redondas pintadas de color crema pálido, rodeadas de sillas forradas en cuero de idéntico tono, se cambiaba incesantemente el público.

Las puertas eran de batiente y ella ahora conocía la forma en que él sujetaba la hoja para impedirle que quedase bamboleando. Nunca la empujaba con todo el cuerpo como otros. Y a la camarera le agradaba su manera quieta y silenciosa de abrir, cerrando con cuidado, medio vuelto, medio inclinado hacia la puerta. Siempre, al entrar, llevaba el periódico doblado bajo el brazo derecho y la mano metida en el bolsillo del abrigo. A la misma y exacta hora cada día, enfundado en un abrigo cáscara, tosco, pesado y peludo, con grandes carteras sobrepuestas, franqueaba la puerta y ocupaba su mesa habitual. Cada vez que sucedía, retenía el aliento, turbada y sobrecogida, como si no creyese, como si le pareciera imposible que se pudiese repetir el milagro de su venida. Sucedió y se aflojaba. Luego, una sensación cálida, no sentida, nueva, la cubría inundándola, y, por algunos segundos, las voces, el trajín, le parecían venir desde lejos, rebotando en ella como en corcho. Para la camarera, esta emoción cálida e íntima, violenta y dulce, no probada, que irrumpía en su ser desmadejándolo, adquiriría, renovadamente, el valor de un rito sólo posible en su presencia. Tardaba en recobrase lo que él en trasponer el espacio hasta su sitio cotidiano.

Generalmente encontraba la mesa vacía. Ajeno, indiferente, leyendo su periódico, bebía café. Sostenía el diario como si fuese un muro entre los otros y él mismo. Cada tanto volvía la página fijando la vista en alguien; pero, por su manera de mirar, se colegía que pensaba en sus propias cosas. A veces, algún cliente le pedía permiso para sentarse o para retirar una silla. Asentía ensimismado.

Afuera castigaba el invierno. La luz dura, implacable, escocía los ojos, o la niebla densa rodeaba la ciudad. Llovía. De todos modos, al atardecer, hacía un frío intenso. No era otra la razón, con seguridad, que impulsaba a todos a mirar cuando alguno entraba al café: obligarlo a cerrar la puerta. Si llovía, esparcían aserrín por el piso y venían también menos clientes. Pero él acudía lo mismo. Leía su periódico, bebía su café y se marchaba.

Todo el día y aun por la noche, antes de dormirse, pensaba en él. En la noche le resultaba siempre más grato. Acaso no lo supiese, pero le servía en su casa para aislarse de los otros, en especial de su madre. Su madre diariamente permanecía sola, aunque con ella vivía también su nieto, el huérfano de su hijo muerto el año anterior. Sin embargo, a la abuela el muchacho no le servía. En el día asistía a la escuela y a su regreso parecía ausente. En cambio, en la escuela o por la calle se tornaba comunicativo, despierto y alegre. Tenía doce años y ojos grandes, oscuros y húmedos. Jamás sonreía en casa. Menos todavía sonreía la abuela, tal vez en años. Como una costumbre existía en ella la tristeza. Por ningún motivo la camarera quería acoger la tristeza; tampoco el muchacho; a pesar de que para ellos, por causa de la abuela, las cosas más alegres se trocaban en penosas.

Vivían en Recoleta en un segundo piso. Toda la noche se sentían rodar los tranvías y el estrépito de sus barquinazos. El nieto y la abuela se acostaban temprano. Alrededor de las ocho, ya comidos, apagaban las luces y se metían en la cama. Debían ahorrar, decía la abuela. Muy tarde, cerca de las tres, llegaba la camarera. En la cocina pululaban las baratas. Su cena la encontraba fría en la cacerola sobre la mesa. No la recalentaba. Se sentía demasiado cansada para hacerlo. Además, la promesa íntima del lecho la premiaba.

Se desnudaba sin luz para no oír el rezongo desapacible, agrio de su madre. En camisón, sentada dentro de la cama, se rizaba el pelo. Con destreza y al tacto, lo enrollaba en tiras de papel retorcido. Sabía que se veía cómica. Y pensaba que si se fuese a acostar con él, por ningún motivo se haría los rulos... *Además, él sería inmensamente rico, y ella, desde que se casaran, cada mañana, cerca de las once, iría en su automóvil a peinarse donde su peluquero...* Invariablemente, en el momento en que sonaba la campana de la iglesia vecina, terminaba con el último cachirulo. Enroscándose como un gato entre las sábanas, desaparecía friolenta bajo las frazadas.

Resultaba grato pensar en él por la noche. Mejor que en el día. Nadie venía a interrumpir su sueño. Incluso la cama se tornaba más acogedora, más tibia, más blanda. Resultaba tan bueno pensar en él, que podía aun no sentir los pies hinchados y adoloridos. Pensando en él conseguía olvidar cualquier cosa. Nada la hería. No acontecían desdichas. Se sentía afortunada, feliz si pensaba en él. Jamás experimentó antes una sensación similar.

Tañía la campana de la iglesia y se largaba: ... *Nada tan bello como el sur. El lugar más hermoso del mundo. Estaba segura. ¡Cómo amaba su casa de piedras y troncos! Troncos descortezados, lisos, pintados al aceite. Llovía mucho en el sur. Cortinas de agua que la hacían sentirse hogareña, melancólica, dulce. Quién sabe si por eso amaba la lluvia. Le placía escucharla tocando con sigilo los troncos de su casa y las tejas de alerce; como si con sus dedos- se le ocurría- la palpara a ella en forma secreta, asordinada. Al día siguiente, no obstante prevalecer en su piel la impresión, los troncos amarillos, lavados, relucían al sol de la mañana y también el follaje verde y las montañas. Amaba las montañas circundantes, apretadas de árboles: las rocas pardas y la nieve que refulgía en la cima de los montes y ventisqueros. Amaba el río Blanco y amaba asimismo su rumor. Todavía más, amaba las flores silvestres que recogía en el bosque o a la orilla del río entre las piedras o las cercanías del lago. Las tomaba con cuidado para no desprenderles las raíces y en seguida las llevaba a su casa para replantarlas en su jardín. Pero, por sobre todo, amaba su figura, la de su marido: alto y bronceado, y su voz baja y cálida, tierna, sólo para ella.*

Todo el tiempo, en cada momento pensaba en él: al levantarse en la mañana, mientras se lavaba, en el tranvía o el microbús, en su trabajo. No se levantaba jamás en Recoleta, sino en su casa de la montaña.

Su sueño, como la casa de la montaña que construyó para albergarlo, quedó cimentado al concluir el otoño, defendido del invierno, como si se amurallase en él contra la luz cruda, inhumana,

tosca, invernal. Ahora, los hechos más importantes, su noviazgo, las indecisiones, pertenecían al pasado. De improviso se casó. De camarera se convirtió en la esposa de un agricultor del sur.

Sucedió así: un día (no porque él la mirase, de hecho no reparaba en ella) lo decidió. Quizá primó, obligándola, su propia soledad; tal vez, la voz despacible de la madre gravitando sobre ella; o las esquinas con su casi perenne llovizna en derredor de los faroles. ¿Quién sabe? Lo cierto es que, como puede determinarse cualquier cosa y aun sin la participación de él, resolvió hacerlo; posiblemente no ella, no su consciente voluntad, sino más bien la sensación cálida que sentía al verlo, la dulzura tibia que la inundaba. ¿Quién sabe?...

Una tarde cualquiera se casó. Se casó ahí, en el café, y se marchó con la primera lluvia de ese año, que caía fina y densa, y tomó el tren hacia el sur.

La lluvia resbalaba en los vidrios, goteaba. Y afuera, en los campos, se extendía la bruma azul, mágica, la bruma: deshecha, sutil, semejante a humo desflecado borrando el paisaje. Entretanto, la camarera proseguía sirviendo el café humeante dentro del pequeño espacio encerrado en el mesón oval. Él ya se había ido. La puerta oscilaba aún. El humo de su cigarrillo se esparcía, invisible. Sin embargo, no era esto lo que la preocupaba. No lo que él involuntariamente se llevaba de ella. No. Eran las puertas del invierno abiertas, la silla vacía hasta el día siguiente, las veinticuatro horas que nadie ni nada podían llenar; más aún, su regreso a casa, la lóbreguez inhóspita, la humedad de las sábanas. El hastío, evidente hasta el cansancio, que se acrecentaba y se repetía como si estuviese ligado a los

peldaños de la escalera de su casa de Recoleta, todos los días, noche a noche, ineludible, igual. La angustiada soledad como un pájaro muerto entre sus manos. Eso fue. Eso. Lo que la impulsó a tomar el tren con él, justo cuando él ya no se encontraba en el local.

Afuera, la lluvia, densa, caía rebotando sobre el pavimento.

Para ella, la lluvia no castigaba la calle; emblanquecía otro paisaje: de colinas redondas, moteadas de avellanos, rojizas, otoñales. Las veía. Un paisaje nostálgico. Se sentía despedazar. Y entre el vapor de las máquinas de café corría el tren, aullando, enroscándose en la noche, en ella, en las colinas, rompiéndolas, rompiéndola.

Si pensaba (pero no pensaba)..., vivía soñando desde que murió su padre. En aquel tiempo todo era diverso.

Su padre trabajaba de camarero en un restaurante de lujo y ganaba bastante. Sin embargo, recordaba a su madre quejándose siempre. Jamás supieron por qué. Tal vez –sospechaba-, nunca existió una verdadera razón.

Corría el invierno.

La cara enflaquecida del padre reflejaba cansancio.. Por las mañanas se le veía macilento, terroso. Terminaba de trabajar entrada el alba, y cuando llegaba a su casa y se metía en la cama, su mujer, despierta, comenzaba a revolverse y a toser; después, a lamentarse de él, de sus hijos, de su pobre y triste vida. Al fin la mujer se levantaba. Torturado e insomne, no conseguía ya ni dormir ni desentristecerse. Hasta su cama, ineludible, lo alcanzaba el ruido áspero que hacía ella rastrillando el gallinero. Cada golpe de pala, cada rascar del rastrillo, lo

fustigaban como si estuviesen al lado suyo, acosándole, su voz, su queja. También los hijos oían el rastrillar como una protesta, como una querrela permanente entre ella misma, la vida y todos. Ninguno lograba volver a dormirse.

No vivían en Recoleta en ese tiempo. Arrendaban una casa antigua en los extramuros de Ñuñoa, con un jardín sombrío delante y un huerto y un gallinero. Era una gloria vivir allí. Con árboles floridos, flores y hierbas por donde se mirase. Poseía entonces largas trenzas rubias, quince años y senos nacientes y duros que le gustaba tocar. Comúnmente (un muchacho la esperaba en la esquina), salía a la calle dos veces al día; temprano para las compras diarias del almacén y verduras, y otra por las tardes para buscar algo que olvidara a propósito en la mañana. Su madre la reñía siempre, pero ella pensaba en él aguardándola y los gritos le resbalaban como lluvia sobre vidrios. No le sucedía igual al padre. Corrido, cansado, se refugiaba en la galería. Allí permanecía acurrucado, con el aire de un perseguido, oculto tras su periódico. Si se dormía y la muchacha se daba cuenta, venía silenciosa a cerrarle la puerta.

Fue para el casamiento del hermano cuando el padre se enfermó. No volvió a levantarse. Parecía casi contento del forzoso descanso; dormía y dormitaba, y ni la voz de la mujer lograba, ahora, arrancarle el sueño. Durmió y se durmió para siempre ese mismo invierno. A los pocos meses, la madre y la hija se mudaron a Recoleta. Recomendada por el patrón de su padre, comenzó a trabajar de mucama en un hotel de tercera categoría. Pronto, en muy pocos años, el cansancio y la

sordidez devastaron su juventud, asomándose a su cara, colgándose de sus senos.

Se sucedió, sin sosiego desde entonces, entre los gritos agrios de su madre y el cansancio sin esperanza de su trabajo, un largo deambular por hoteles y restaurantes de ínfima categoría y fuentes de soda sucias de borrachera y moscas.

En ocasiones, la camarera llegó a pensar que ella a nadie le importaba un bledo. Evidenciaba esto casi siempre después de un día agobiador o cuando debía pagar una cuenta de importancia. También solían provocarle desconsuelo: la noche, la lluvia pertinaz empapándola en alguna esquina mientras aguardaba el tranvía a su regreso a casa, o el frío chicoteándola en las bocacalles. Pero, sin duda, lo que le producía mayor sentimiento de soledad y abandono era el ruido rasante y efímero, fugaz, de las gomas de los automóviles alejándose sobre el pavimento mojado. Lo sentía, inasible, como si llevase, antes que ella pudiese siquiera alcanzarlas, todas sus esperanzas, el calor humano que necesitaba. De haber podido subir, alejarse en uno de esos coches, hubiera sido para la camarera como caminar más allá de sí misma, semejante a contemplar su propio y desolado bulto, desamparado bajo el farol de la esquina.

Es posible que debido a estas experiencias, junto con avvicindarse el invierno, descubriera pensar en él. Sin saber encontró la fórmula que le permitía evadirse del desaliento. Comprendiéndolo o no, se entregó por completo a su sueño. Su cara se transformó. Una expresión ilusionada, de íntimo recogimiento y dulzura, modificó sus rasgos. Parecía otra. Algo sutil se desprendía de ella: los hombres comenzaron

a mirarla. Sin embargo, la madre fue la primera en notarlo. Y cuando la camarera apareció con un vestido de lanilla azul y adquirió a crédito un abrigo nuevo granate y zapatos de charol de taco alto, hurgó centímetro a centímetro, en forma concienzuda, en el cuarto de su hija. “Llevaría la foto consigo en su cartera”, dedujo al no encontrarla.

Dos o tres veces por semana, desde que poseía vestido nuevo, iba al cinematógrafo. Formaba parte de su rito. Le resultaba agradable sentarse y permanecer sola, sumida en la obscuridad, en el ambiente poblado y tibio de la sala. Elegía una butaca aislada y abrigaba la secreta esperanza, no enunciada, de que él, viniendo por casualidad, se sentara junto a ella, y se engañaba a sí misma diciéndose que las voces contiguas la distraían. Escogía películas románticas y algunas las llegó a ver hasta dos o más veces. Por lo general, apenas comenzaba la función, alguien se sentaba a su lado. Si era mujer, pareja o un señor viejo, o además de viejo, gordo, se trasladaba de sitio. En cambio, si el recién llegado se ajustaba aunque fuese en forma aproximada a él, no sólo admitía su presencia, sino que, conducida por el espectáculo y por su propio sueño que vivía, inconscientemente se arrimaba buscando la realidad ilusoria del contacto varonil y humano. Salía de la sala con los ojos brillantes y húmedos, sintiéndose lánguida y vulnerable.

Durante todo el invierno jugó a su juego.

Antes de que aparecieran las primeras yemas, a comienzos de agosto, la sorprendió una mañana un hálito tenue que se colaba por la ventana abierta de su dormitorio. Brincó igual a un pájaro dentro de su jaula. No obstante, el invierno persistió aún quince o veinte días. Imperceptiblemente la luz alargaba los crepúsculos, suavizándolos. La

brisa a menudo volvía en forma inesperada; ligeras rachas fugaces, repentinos aleteos que suscitaban en el corazón de la camarera vagas inquietudes. Dejó de ir al cine. Precisaba caminar, sentir las mañanas soleadas. De improviso comprendió una tarde, mirando en el café, que eran su entraña, su sangre, su necesidad de tocarlo y sentirlo, de ser tocada, lo que la angustiaba. No lo pensó. Fue un deseo agudo, inopinado, presente en ella misma y en su piel, irrazonado, violento.

Casi ya no podía morar en su casa de la montaña. No la envolvían las noches. Las noches largas, pesadas, lentas. Sentía ahora el parpadeo vivo de las estrellas latir en la atmósfera, liviano, claro, atravesando la transparencia del aire nítido. Latente y latiente hasta hacerle daño. Su sueño, agotado, denso de invierno, pedía algo que ella no sabía darle. Los tranvías, demasiado evidentes, apagaban el fragor lejano del río, el susurro bisbiseante de los árboles. No llovía. Temprano el sol inundaba su cuarto, privándola de intimidad. No se quedaba dormitando. No podía. Un sentimiento alegre, de esperanza renacida, la impulsaba a cantar como un pájaro. Luego se lanzaba a la calle. Ignoraba en pos de qué.

Así transcurrió la última parte de agosto.

En esas tardes más claras, el local parecía bullente, pleno de vida. Incesante, la gente se renovaba, se batían las puertas y hasta el vapor de las máquinas se tornaba diferente, dinámico.

Él, ella observó, ya no leía el periódico, aunque lo guardaba doblado en el bolsillo de su chaqueta. Ocupaba siempre su mesa habitual, pero se sentaba ahora vuelto hacia la calle. Con frecuencia

giraba su mirada escrutando a los clientes. En la medida que las tardes se alargaban, descubrió con inquietud, él acortaba su permanencia en el café.

Súbitamente no concurrió.

Ante los ojos incrédulos de la camarera cayó la tarde como una golondrina muerta. Esa noche, sin saber por qué, lloró. Larga y desconsoladamente lloró, silenciosa, mientras se enroscaba el cabello en tiras de papel. El llanto le hizo tan bien como la lluvia a la tierra reseca. Al día siguiente –los tejados fulgían al sol-, renovada, henchida de esperanza, gorjeaba como un mirlo regando sus pequeños maceteros en el balcón.

No existía ninguna razón para llorar: él volvería. Ni lo decía ni lo consideraba. Era una especie de seguridad irrazonable que le transfería la mañana radiante, plena de sol. En el aire resplandeciente gravitaba algo suspendido, bueno. Casi lo sentía tremolar, como si estuviese por acaecer un milagro, contenido, rumoroso. Perpleja, expectante, escuchaba crecer esta promesa en su sangre apercebida, este latir cósmico expresado en ella, en la atmósfera, en las yemas hinchadas, en la luz. Ya no se sentía estéril, solitaria. Algo fecundo, universal, tomándola en su engranaje, se había puesto en movimiento, incorporándola a la vida, pulsando con su mismo latido, al unísono, en un común inconmensurable, no individual. Lo sentía pulular dentro y fuera de sí; semejante a una fuerza adormecida, despertar, licuarse y crecer. Casi podía oírlo, escuchándolo escucharse, como si ella misma fuese parte integral de un todo: de la noche, de la atmósfera, de las estrellas, del mundo animal y vegetal. Escucharlo y percibirlo del

mismo modo, igual a como sentía en un musiteo bajo, casi subterráneo, como si los árboles hablaran. Un susurro, un rumor continuo que le era transmitido por todas y cada cosa viva y que ella misma, de igual modo, transmitía.

Intuía en forma vaga lo que le acontecía sin tratar de entenderlo. Presentía, sin siquiera llegar a preguntarse, que algo cambiaba en ella y en las cosas, de igual manera a como variaba la luz prolongándose y verdecían y florecían los árboles.

De súbito vislumbró una tarde que también él parecía diferente. Escasamente demoraba una hora larga como antes. A veces ni se sentaba. Si lo hacía, permanecía sin leer, distraído e intranquilo. Tardaba apenas un rato y luego se iba de prisa como si tuviese determinado quehacer. La camarera atribuyó el cambio a que encontraba ocupada su mesa habitual. Comenzó a odiar entonces a quien se sentaba allí.

Algunas veces, cuando pedía su café en el mesón, le tocaba a ella atenderlo. Si sucedía, se ponía roja de vergüenza y no osaba levantar la vista. Azorada y sin mirarlo, colocaba delante de él el platillo, la cucharilla y el azúcar. Se le ocurría que todos notarían el temblor de sus manos. Nunca llenaba demasiado la taza y antes que a nadie le servía a él, olvidándose por completo de los demás clientes. Lo ejecutaba en un estado de superexcitación, sonámbula, y luego se retiraba al rincón más apartado que le permitía el espacio encerrado por el mesón. Desde ahí lo atisbaba. Metía aparte, en otro bolsillo, su propina para no confundirla. Las monedas la conmovían. Le parecía, haciéndolas

tintinear, que era casi como tocarlo. Las escondía en su casa en una cajita de lata oculta entre su ropa interior, para conservarlas.

Una de aquellas tardes, por casualidad, él la miró en forma distraída. No llegó a verla. Más bien tropezó con ella al azar. El corazón de la camarera dio un vuelco. Creyó desvanecerse. Luego enrojeció y se inundó de calor como si él hubiese acariciado su piel.

No volvió a ocurrir. Ella tampoco lo deseaba. Su instinto le advertía que cualquier contacto real, una aventura, lo destruiría todo. Y precisaba su imagen intacta, distanciada y posible, como es indispensable y sirve un billete de lotería para fantasear con él.

Durante casi un mes todavía concurrió en forma regular. Ya las puertas del café se mantenían día y noche abiertas y fijas. Constante, igual a un desfile de hormigas, entraba y salía público. Los hombres, con extraña y misteriosa prisa que los llevaba y traía dentro y fuera del café; las mujeres, semejantes a grandes y multicolores mariposas de cintura estrecha y amplias faldas pintadas, parecían revolotear en el ambiente con cierto apercibimiento audaz, para terminar posándose un instante en el mesón. Caras recientes, no invernales, aparecían. Él vestía ahora un traje gris de tela liviana y ya no usaba abrigo ni sombrero. Un día –lo contemplaba desde su rincón– descubrió que tenía las orejas velludas. Descubrir esto le provocó risa. En seguida, un sentimiento de ternura e intimidad prevaleció. Ya por la noche, acostada, discurrió que con seguridad tendría también el pecho cubierto de vellos. Se los imaginaba tupidos y crespos, cenicientos como el cabello. Pensando en ello se desveló.

Despertó tarde en la mañana siguiente. Sentíase laxa, no enervada. Una sensación de bienestar, de tranquila energía, un sosiego dulce la invadían. Presente en su epidermis y en las yemas de sus dedos, percibía el escozor áspero que conocía, el contacto duro, similar a la virutilla de alambre de sus vellos. No abrió los ojos.

Afuera reverberaba el sol.

Cerca de una semana la acompañó de manera vívida y real, por calles y parques, la emoción familiar, el picor íntimo de sus vellos. Albos y rosas, los pétalos mustios cubrían el césped verde y la fronda exhalaba ya un frescor quieto. Nadie hubiese podido columbrar siquiera, al verla sentada en una de las bancas del parque, mansa y apacible, qué secretos hilos movía para trocar lo ilusorio en verdadero, lo inexistente en real. Flotante, como una boya a la deriva, entraba y salía de su casa de la montaña, mientras los dedos, estáticos (ya no usaba el vestido de lanilla azul, sino una pollera terracota, acampanada y ligera), mantenían la impresión alucinada y necesaria, el tacto áspero y recóndito. Envuelta en su nimbo mágico se dirigía más tarde al café. Servía como una autómata.

Aproximadamente a la hora en que solía llegar él, acudía en la actualidad un hombre de edad mediana, portador de un abultado cartapacio que depositaba encima de la mesa. Absorto, lejano al odio que despertaba en la camarera, se sentaba ahí, con un café delante, y tarjaba y tarjaba, cubriendo de anotaciones su libreta. Su tranquilidad la irritaba. Por la forma de arrellanarse, acomodando sus cosas sobre la mesa, era fácil comprender que no se marcharía tan pronto.

No lo vio entrar. Justo cuando se volvía para dejar la taza colmada sobre el mesón, lo descubrió, de pie junto al hombre del cartapacio. Parecía indeciso, dispuesto a irse. Abstraído el otro, sin percatarse, escribía y tarjaba. Atenta, llena de aprensión, lo observó consultar por dos veces seguidas el reloj. Breves segundos permaneció irresoluto próximo a la mesa y luego se dirigió a la caja para comprar su vale. Aliviada respiró. Oía, distante, como si viniese de una playa lejana, el rumor envolvente, airado de los parroquianos. De repente, él cambió de idea: con el vale en la mano(ella lo distinguía girando entre sus dedos) se paró un instante en la puerta, inseguro, y acto seguido se lanzó a la calle.

Se quedó estupefacta.

Presentía que algo irreparable comenzaba a suceder. Como el punto que se escapa de un tejido o de una media de seda, rápido se desplazaba en ella un sentimiento de vacío. Se tocó las yemas de los dedos y con una impresión de asombro y pérdida se volvió para coger las tazas de café: notando que desatendía al público, se acercaba al mesón el dueño del local. Nada le dijo. Frío y cortante, la midió con una ojeada que no admitía dudas.

Aferrada a su esperanza, sin salir de su estupor continuó trabajando en forma maquinal. Como si se burlase, el hombre del cartapacio seguía pegado a su silla. Satisfecho, cerró por fin la libreta. Fumaba. Dos tazas vacías resaltaban sobre la mesa. Lo miró con rabia. A nadie sino a él podía culpar. Comenzó, desde ese instante, a odiarlo intensamente. Llevada por su encono, no lograba quitarle la vista de encima. Hubiese querido fulminarlo.

Noche a noche se repetía que su ausencia no podía durar. Buscando consuelo, procuraba evocarlos. Ostensiblemente la memoria frágil de sus dedos olvidaba la sensación áspera. Dejó de hacerlo: obsesiva, se anteponía a cualquier recuerdo la figura del individuo del cartapacio. Cansada, concluía, pueril, prometiéndose a sí misma que, sin duda, vendría al día siguiente. Así se dormía.

Llena de zozobra irrumpía, antes de su turno, en el café. Ocupada o vacía, la mesa parecía en ese momento consolidar su ilusión. La sentía cómplice, perseverando, el único nexo auténtico que le restaba ligándola a su sueño. Luego, su angustia contaba los minutos. Irascible, nerviosa, atendía mal. Continuamente se equivocaba, sirviendo café *corto* a quien se lo pedía *largo*, caliente a quien lo deseaba frío.

Con exactitud cronométrica, a la hora establecida por él, aparecía en su lugar, defraudándola, el hombre del cartapacio. Derecho, sin titubear, se dirigía a la mesa. Negándose a creerlo (en su irrazonable razón), lo veía abrir el portafolio y sacar su libreta. Palmoteaba fuerte las manos para pedir su café. Efectuaba su entrada y ocupaba su sitio, a ella se le antojaba, en forma triunfal y posesiva. Desde que el individuo se instalaba, no sabía por qué, desvanecíase su esperanza. Pasmada y odiándolo, seguía sus movimientos. Debía contenerse para no gritar.

Eludía mirarlo. Sospechaba que, cada vez que sus ojos lo encontraban, algo se destruía trizándose dentro de ella. Sentía como si hasta la mesa se tornase odiosa. Le parecía como si una cuerda tirante los uniese amarrándolos, ahorcándola a ella, a su ilusión, poco a poco. Decidió, en presencia del hombre, ignorar su sueño. Inevitable, como una vela blanca en medio del océano, él atraía su vista. Al tocarlo, su

mirada se refractaba veloz, huyendo como si rozase algo candente, instintiva y semejante a la pupila de un gato. Llegó a aborrecerlo.

Sutil, concentrado e invisible, convertido en hilo transmisor tendido entre ambos, su odio, como un puente, llegó hasta el hombre. Leves golpes telegráficos, insistentes, lo obligaron a alzar la vista. Él mismo no hubiese podido explicar por qué o qué indagaba. Desprevenido, inocente, detuvo su mirada en la camarera. Una mueca de incontenible desprecio le respondió. Molesto, se reintegró a su labor y a sus papeles. La señal persistía inquietándolo. Como si una fuerza oculta y poderosa lo llamase, cada tanto rato se sorprendía a sí mismo mirándola. A ella esto la exasperaba; a él, por el contrario, sus gestos lo divertían. Dejó de ocuparse de su libreta.

Iguales se sucedían los días. Exacerbábanla su incertidumbre y la lucha sorda entablada con el individuo del cartapacio. Nunca antes, ni siquiera durante el invierno, se sintió tan sola. Perdido su refugio, ya no la herían, la acosaban, desgarrándola, los lamentos inútiles de su madre. Los ojos tristes y dulces del sobrino, sus pequeñas esperanzas tímidas, su confianza inexpresada que presumía puesta en ella, lacerándola y empujándola, la forzaban y sostenían. Creía que jamás ya encontraría tregua. Latiendo grávidas, indiferentes, a un compás disímil al suyo, las estrellas le parecían ahora distantes, no frías. La noche, la luz, la savia de los vegetales, antes rumorosas y compañeras, hablaban un lenguaje desconocido, inexplicable. Concebía, sin razonar –pesaba en ella más bien como una sensación-, la naturaleza germinaba, vuelta hacia a sí misma, que se hinchaba creciendo, generando su propia vida, alimentándose en su propia fuerza,

escuchando su propio murmullo. Un mundo sordo a lo exterior, vedado a lo estéril, volcado, atento a su entraña. Roto el mecanismo de su ensueño, presentía que marchaba ineluctable hacia su fin. Semejante a un fruto pasmado que cae del árbol pletórico y fecundo, desacoplada, quedaba fuera del engranaje universal.

Inesperadamente volvió. Tampoco esta vez lo vio llegar. Vuelta hacia la máquina, llenaba las tazas de café. Al girar, lo vio de repente, parado ahí mismo, frente a ella. Jamás antes lo contempló tan de cerca. Fue casi, casi como si la mirase dentro de sí misma. Atónita, no lograba discernir si tenía delante su figura real o ilusoria. Nunca entendió cómo se escurrieron de sus manos las tazas llenas de café. Puede que las soltara o que, creyendo posarlas en el mármol, lo hiciera simplemente en el aire. Lo cierto es que, rebotando en el mesón, cayeron sobre el pavimento, rompiéndose con estrépito. Nada percibió. En su sorpresa, no oyó siquiera las voces airadas del público que la rodeaba. Sólo él, silencioso, consternado, se miró las puntas de las mangas, los pantalones chorreados, y sin alharaca alguna se marchó. Alelada, sin recobrarse de su estupor, lo contempló irse. Casi en seguida salió ella, para siempre, despedida del café.

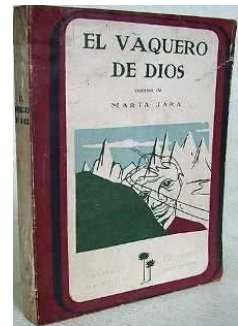
Anonadada, vacía, caminó sin dirección. Un sentimiento de catástrofe la abrumaba. No podía, no debía a esa hora insólita regresar a su casa. El rezongo acre interminable de la madre, anticipándose, repercutía en sus oídos. Vencida, se sentó en una de las bancas del parque. Secándose con el borde del pañuelo los ojos humedecidos, pensó que él, aun sin desearlo, mientras quitaba las manchas de su traje, aunque fuese para maldecirla, debería forzosamente recordarla.

*



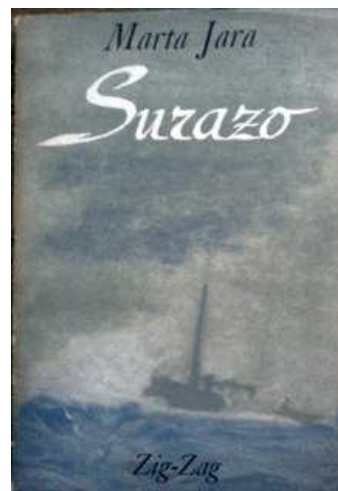
Por Virginia Vidal

Marta Jara H. (18.05.1919-21.10.1972). Ricardo Latcham en su *Antología del Cuento Hispanoamericano* (Zig-Zag, 1958), le publicó “La camarera”. En dicha antología suceden al prólogo las noticias biobibliográficas de los autores, entre las cuales el autor afirma que Marta Jara “se reveló como escritora de firme talento y seguridad narrativa en su único volumen publicado, “El Vaquero de Dios”, aparecido en 1949: “Al iniciarse, en el campo del cuento, se ubica en un ángulo de realismo criollista, pero con recursos audaces y diversos a los de sus antecesores. Sabe también adaptar los elementos folklóricos a la técnica de la novela corta, con soltura y verismo en los diálogos campesinos. En el último tiempo consagra su atención a otros asuntos, extraídos de su mayor experiencia, en que acendra la nota psicológica y el estudio de los personajes más complicados y menos tradicionales que los encarados en El Vaquero de Dios”.



Marta Jara nació en el rico hogar de una familia de hacendados. Supo desmitificar definitivamente la mentira del “hombre sencillo” al ofrecer una rica interpretación de las relaciones tejidas en la familia, entre los hombres, los resultados de la perversa economía sustentada en el inquilinaje; el vínculo entre hombres y animales, la compenetración del hombre con la naturaleza, sin omitir algo siempre presente en ella: el amor al niño, al niño en su difícil proceso de devenir adulto, muchas veces antes de tiempo, forjado por la dura vida del campo que no resiste forma alguna de idealización. En estos relatos, realiza la transcripción fonética del habla campesina que abandonaría más tarde para darle plena importancia a la sintaxis. Todo lo que escribe está inspirado en lo vivido por ella, en el entrañable testimonio.

“El Vaquero de Dios” está integrado por cinco cuentos: “Ño Juan”, “Gancho” “El Chis”, “El buey Galantía”, El “Camarada” y el que da título al libro. Con “Surazo” obtuvo en 1961 el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile y el Premio Municipal, además, fue elegido por la crítica como el mejor libro de 1962. En cuatro relatos, “Surazo”, “El Hombrecito”, El Yugo”, “El Vestido”, supo recrear el drama de la soledad isleña de Chiloé. La autora revela esas existencias de pocas palabras e intensas emociones soterradas bajo aparente indiferencia. Su prosa es eficaz, austera, pero muy rica para forjar un realismo crudo, doloroso, y dar cuenta de los más sutiles matices de las mentes de sus personajes. Nicomedes Guzmán incluyó “El Hombrecito” en su “Antología de cuentos chilenos” (1969). Alguna vez se discutió si Marta era



costumbrista, criollista, neorrealista o superrealista. Medio siglo de olvido da la escueta respuesta: Marta Jara es una escritora clásica de la literatura chilena, clásica por viva, por vigente, por haber sabido manejar con propiedad el idioma, por haber hecho de su oficio una pasión, por haber sabido interpretar un interesante aspecto de nuestra identidad, y como tal debe ser leída. Esta admirable escritora que fue Marta Jara vivió muchas formas de la adversidad y murió en medio de la pobreza, en la Posta Central, de una peritonitis postoperatoria, según reza su certificado de defunción.

En: *Escritoras rebeldes y olvidadas*, por Virginia Vidal.

http://virginia-vidal.com/publicados/ensayos/article_482.shtml

